



Nuevos mamíferos y conservación

Gerardo Ceballos, del Instituto de Ecología de la UNAM, y Paul R. Ehrlich, del Centro de Biología de la Conservación de la Universidad de Stanford, realizaron una investigación acerca de las especies de mamíferos descubiertas en los últimos 15 años y lo que representan para los modelos que se utilizan actualmente en la conservación de la biodiversidad.

Continuamente se descubren nuevas especies, pero se trata sobre todo de microorganismos e insectos. Podría pensarse que a estas alturas los mamíferos están todos descubiertos, pero no es así. Desde 1993 se han clasificado 408 especies nuevas de mamíferos, lo que equivale a cerca del 10% del total que conocíamos hasta entonces.

Los hallazgos incluyen un bóvido (pariente cercano de los toros, antílopes y cabras), roedores, murciélagos y primates, entre otros. Estas especies varían en tamaño desde una musaraña de tres gramos hasta un antílope de 100 kilos, pasando por lo que parecería ser una zoología fantástica: un perezoso pigmeo, un ciervo muntjac gigante y un pequeño venado, así como un murciélago cara de mono. Se descubrieron también dos especies que se conocían sólo como fósiles. Una de ellas es el roedor *Laonastes aenigmamus*, de Laos; anteriormente se pensaba que éste se había extinguido hace 11 millones de años.

Los hallazgos provienen de todos los continentes, excepto la Antártida, con un mayor porcentaje procedente de América del Sur y Asia. La mayoría son de regiones tropicales y semitropicales, aunque también los hay de zonas templadas y áridas.

El 81% de las nuevas especies de mamíferos viven en hábitats de menos de 10 000 km², lo que las hace mucho más propensas a la extinción. Y muchas de éstas no habitan en zonas consideradas como de alta biodiversidad, que son las regiones que actualmente acaparan muchos de los recursos humanos y económicos dedicados a la conservación.

Los resultados de esta investigación, publicados en el mes de febrero en la revista *Proceedings of the National Academy of Sciences*, sugieren que hay muchas más especies de lo que creíamos, incluso en grupos muy estudiados. Esto implica que es urgente redoblar esfuerzos para explorar, entender y conservar los recursos naturales.



Foto: Florida State University
Laonastes aenigmamus.

Ojo de mosca

Martín Bonfil Olivera



Libertad científica

¿Qué tan libre debe ser la ciencia? A primera vista parecería que la actividad de investigación científica debería gozar de una libertad total, pues busca aumentar nuestro conocimiento acerca de la naturaleza, un objetivo noble desde cualquier punto de vista.

Pero la ciencia también tiene sus riesgos: el conocimiento que produce suele traducirse en poder, y éste puede ser usado para bien o para mal. Contaminación que devasta ecosistemas, tecnología que quema petróleo y causa calentamiento global, vegetales transgénicos que amenazan con contaminar nuestros cultivos originarios... A veces intencionalmente, y a veces sin quererlo, los científicos pueden liberar genios de la botella que luego resultan muy difíciles de controlar.

La vieja historia del doctor Frankenstein, quien en un alarde de soberbia científica da vida a un monstruo creado con partes de cadáveres que se sale de control y causa una tremenda destrucción, se ha convertido para muchos en la imagen típica del científico. Se trata de una exageración, claro. Basta con poner en una balanza los beneficios que la ciencia nos ha proporcionado, mejorando nuestro nivel de vida en incontables aspectos, frente a los perjuicios que ha causado.

Sin embargo los perjuicios, cuando han ocurrido, han sido graves. Por ello la comunidad científica ha montado un sistema de control, a través de comités, arbitrajes, reglamentos, acuerdos internacionales y otros mecanismos, para garantizar que la investigación científica evite las rutas peligrosas. Pero no basta con eso: es importante que la sociedad toda –gobierno, ciudadanos, organizaciones no gubernamentales– conozca, se responsabilice y controle el uso que se le da al dinero público que se invierte en ciencia.

Pero hay casos más delicados. Los numerosos científicos que en todo el mundo trabajan, normalmente bajo las órdenes de sus gobiernos, desarrollando armas –convencionales, nucleares, químicas o hasta biológicas– están fuera de esos sistemas de control. Queda entonces sólo en manos de sus respectivos gobiernos, o más bien de la comunidad internacional, poner límites a su libertad de realizar investigaciones que, por la naturaleza del conocimiento que producen, pueden resultar excesivamente dañinas.

La política, la economía, la guerra, son temas que, nos guste o no, influyen en la manera como se hace ciencia. Al final, lo que queda claro es que, como toda actividad humana, la ciencia no puede estar desligada del resto de la sociedad. Por el bien de todos, su libertad debe tener límites.